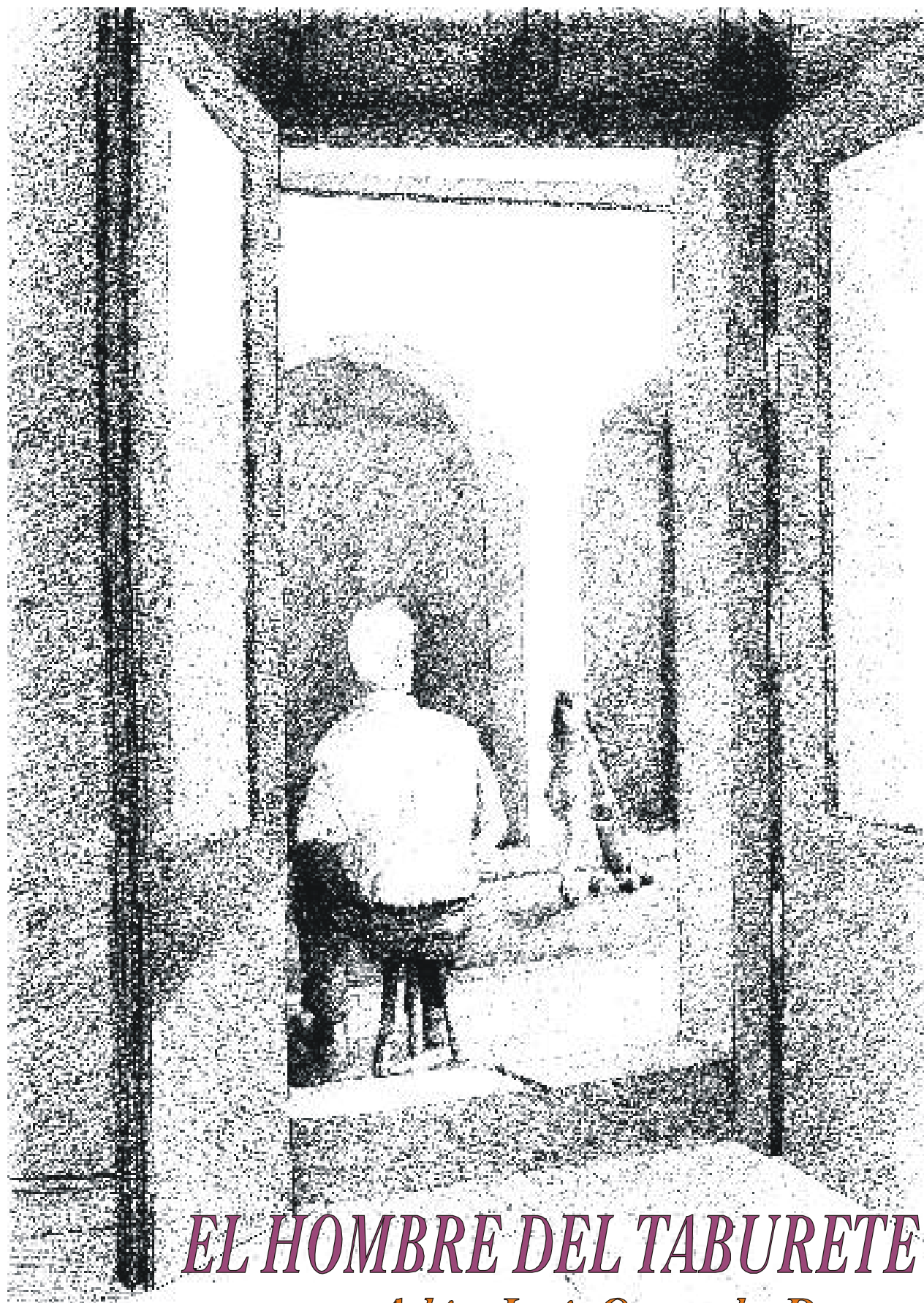


**II PREMIO LITERARIO DE CUENTOS
“MARESÍA “ 2001**



EL HOMBRE DEL TABURETE

Adán José Quesada Ramos

EL HOMBRE DEL TABURETE

Adán José Quesada Ramos

II PREMIO LITERARIO DE CUENTOS

“MARESÍA” 2001

PRÓLOGO

El cuento debe sorprender al lector con el desarrollo de una idea, un sentimiento, un pensamiento, un hecho que bordea todas las fronteras estructurales del relato. En este caso, una anécdota sirve de excusa para que el autor del relato “El hombre del taburete” muestre su afecto por la “imaginaria” Liturga y sus vecinos, a los que presenta y caracteriza no como figurines, sino como personajes actuantes de la acción.

No cabe duda, esta Liturga y los personajes toman cuerpo, aunque sea en la memoria del narrador, quien a pesar de mostrarse testigo de los hechos, no puede evitar implicarse anímicamente en la descripción de alguno de los personajes, como lo descubrirá el lector.

La trama la conforma una serie de casualidades que llevan a Juanito a verlas pasar sentado en su taburete desde la puerta de la tienda de ropas. La sucesión de los acontecimientos, las actuaciones de los personajes se suceden hasta la culminación de la historia.

Liturga, como Macondo o Vetusta, hace que sus vecinos adquieran una forma de ser determinada: todos tienen mote, todos se conocen, comparten los mismos lugares, y, así como viven del pueblo, viven también del daño y el provecho de las relaciones vecinales. Nadie está solo en Liturga, aunque alguno pueda sentir la soledad.

Es importante que el lector encuentre la mueca que hace el autor. La historia tiene chispa irónica, enseñanza socarrona envuelta -y esto hay que agradecerlo- en la recuperación de un léxico que forma parte del acervo canario.

Sergio González Quintana

EL HOMBRE DEL TABURETE.

“No hay grandeza de espíritu sin una pizca de locura”

Proverbio latino

Juanito rondaba las cincuenta y dos largas primaveras cuando circunstancias incontrolables que fueron causadas por su irremediable carácter jaranoso lo convirtieron en el centro de las habladurías liturguenses durante el resto de su vida. Y digo bien, pues desde aquella reluciente mañana veraniega hasta el día en que le pusieron el pijama de madera, el hecho que vamos a relatar marcó definitivamente su trayectoria personal.

Este confortable pueblo, Liturga, donde raramente acontecía algo anormal, poseía, en cambio, un espíritu tosco que jamás perdonó sucesos extravagantes como en el que se vio enredado, muy a su pesar, nuestro pasional sujeto, conocido desde entonces como el hombre del taburete.

- *Pues merecido lo tuvo por “espabilao”*, me ha comentado más de una vez Lolita la chismosa cuando puntualmente hemos hablado del asunto.

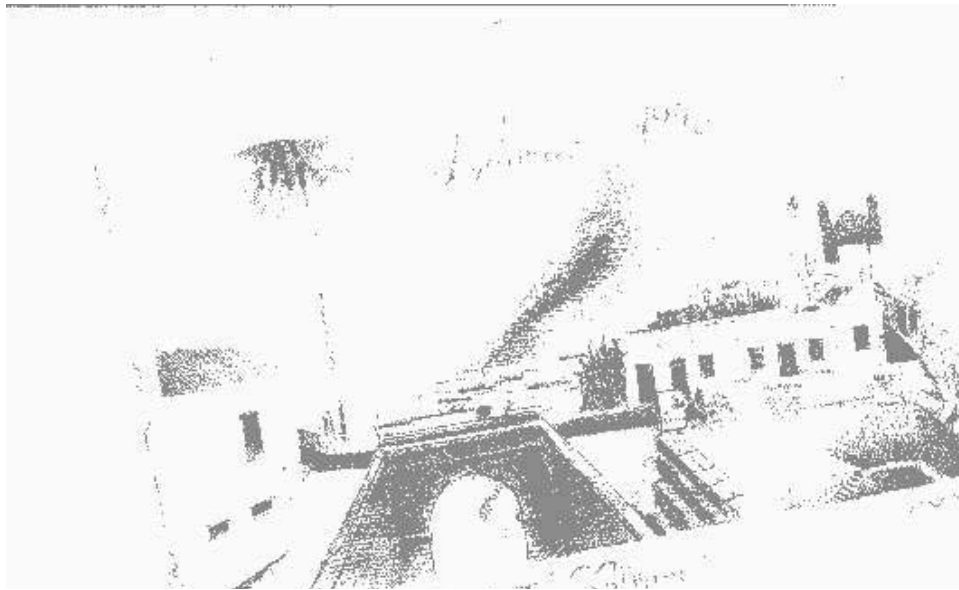
Medía un metro y ochenta y tres centímetros amén de una corpulencia extrema y caminar empinado que lo asemejaba a un horcón tieso. Su esbeltez era pronunciada. Tenía un cabello blanco muy cuidado con un corte de pelo tan firme que algunos liturguenses incluso osaban afirmar que había nacido con él. Ni siquiera en el otoño el viento era capaz de despeinarlo. Las canas, paradójicamente, lo rejuvenecían merced al meticuloso acicalamiento que le dedicaba. Sus ojos grandes y oscuros cubiertos por cejas negras muy cargadas contrastaban con el tono de la mollera. La nariz era protuberantemente puntiaguda aunque el bigote blanco lo disimulaba, ornamento facial al que ciertamente debía prestar gran atención ya que se le ponía de un color amarillento claro por la mala costumbre de no usar cuchara cuando la sopa tomaba. Tanto su madre como su mujer, una vez se hubo casado, le

reprochaban maña tan grotesca así como la estúpida manía de limpiarse la boca con el mantel cuando terminaba de comer.

- *¡ ¿Acaso no hay paños en casa, Juan? !*, le chillaba su madre recriminándole la conducta.

- *No te enfades madre*, -respondía- *si no, no me sabe la comida.*

- *Anda, ve y lávate ese mostacho*, le decía ella, que siempre terminaba cediendo.



Pero Juanito, además de bien parecido, siempre andaba compuesto, sabedor de la condición de galán que lo merodeaba, y a la que sacó discretamente algún que otro rendimiento hasta que a Lolita, la chismosa, se le antojó comprar un par de medias negras armando de este modo un gran tiberio.

Solía hablar a menudo con María José, mujer más joven que él, que gozaba de un físico agraciado aunque la cara no le ayudase -por tal motivo a veces la llamaban la gamba- y que se casó con Luis, el carpintero. Además a Juanito le encantaba charlar con Josefina, una solterona rica cuyos padres habían muerto trágicamente en un accidente de tráfico dejándole una inmensa fortuna. También era una moza de buen ver que buscaba con afán un compañero con quien compartir sus penas y apagar en las cálidas noches de verano su impetuoso ardor, condición que le era criticada en Liturga. La oratoria improvisada de Juanito con Josefina ya

era más voluptuosa y sensual. Pero a morrudo no había quien lo tumbara, siguiendo así fielmente la tradición familiar, y lo que se le metía entre sus pobladas cejas negras lo llevaba a fin aunque el destino se interpusiera.

A los catorce años empezó a trabajar como ayudante de pintor con maestro Paco, hombre de exquisita acritud por lo que se le conocía popularmente como el "Malahostia". En Liturga decían que nunca soltaba carcajada alguna cuando estaba trabajando pues lo consideraba una inútil pérdida de tiempo. Pensaban en el pueblo que Juanito no duraría con él ya que su carácter jovial parecía incompatible con el del pintor. Con todo, el maestro nunca se enfadó con Juani, como gustaba llamarlo en recuerdo a un hijo que falleció al desplomarse el techo del gallinero del patio de su casa cuando lo reparaba, pues era consciente de que la alegría constante de Juanito no restaba en un ápice su buena labor. Más aún, si los fines de semana salía algún trabajo suelto siempre lo convidaba. El joven acudía feliz porque sabía que ello hacía que su esperanza de montar una tienda de ropa estuviera más próxima.

- *¿Y para qué quieres un quiosco de trapos teniendo brocha?*, le preguntaba a Juanito.

- *Pues para estar "asocadito" maestro Paco*, respondía riendo.

Muchos años estuvo como ayudante del pintor hasta que, fruto del azar y no del sudor, heredó a la muerte de un tío paterno un local de no más de cinco metros cuadrados que aquel tenía arrendado como frutería al lado del cine viejo, en una calle muy transitada por estar cerca de la plaza chica. El negocio le fue bien durante bastante tiempo pero, qué cosas, tuvo que comprar el taburete.

Por entonces ya se había casado con Angela y tenía dos hijas y un hijo. Angela llevaba camino de convertirse en monja pero la testarudez de Juanito la desvió de la ruta celestial predestinada. No había día que ésta no acudiera a la iglesia a oír misa y si podía iba tanto a la de las seis treinta de la mañana como a la de la siete de la tarde. En las celebraciones eclesiásticas de bautizos y bodas, también en algún que otro entierro, se prestaba desinteresadamente a colaborar con la parroquia arreglando el hermoso altar

plateado, al que cubría de rosas rojas, claveles blancos y tulipanes que ella misma compraba. No pocas discusiones tuvo el matrimonio por estos presentes que hacía.

- *Y, ¿cuántas blusas tengo que vender para que tu estés regalando esas flores al cura?*, le decía Juanito.

- *No seas tacaño Juan que ya Dios te recompensará en la vida eterna. Además, no son para el cura sino para la casa del Señor.*

- *¡Vaya hombre!* -rechistaba Juanito en tono jocoso-, *son para la casa del Señor mientras el señor de la casa suelta los duros.*

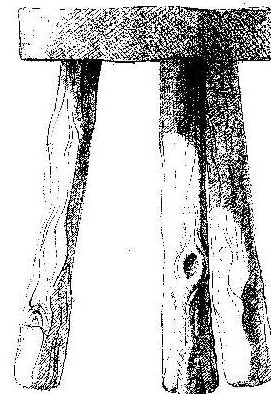
Tan santa la suponían que auguraban que meaba agua bendita, hecho que, evidentemente, no se comprobó. No faltaban ganas de hacerlo y una vez que el atrevido Manolo, el zapatero, le insinuó a Juanito que tomara una muestra, el marido quedó tan ofendido que le propinó tal puñetazo en la nariz que se la rompió, arrancándole también de cuajo las dos paletas de conejo que resaltaban en su lúgubre careto. Quizás le hizo un favor pero su impulsividad lo llevó a dormir dos noches seguidas en el cuartelillo de los municipales. El suceso fue muy comentado y el zapatero tuvo que aguantar las innumerables bromas de sus paisanos, quienes a raíz del acontecimiento se referían a él caricaturizándole como *el feo y osado desdentado*.

La hija mayor se llamaba Angela como su madre y era tan alta que limpiaba las lámparas que colgaban del techo del hogar sin necesidad de utilizar la escalera. Se notaba al vuelo la insatisfacción con la envergadura que el cielo le otorgó y a veces tenía el pensamiento opresor de que era un castigo de Dios, pero pronto desistía de esa reflexión cuando le venía a la memoria la pulcritud espiritual de su progenitora. Y es que si el Todopoderoso la estaba castigando, hasta qué punto -cavilaba- no castigaba también a su madre, una santa. No podía ser. Después de forzados razonamientos, la pobre no era muy lista, concluía en que no encontraría mozo que le hiciera pareja y en ello consistía su mayor preocupación. Por tal motivo se la oía llorar desconsoladamente en las noches de abril. Un problema añadido residía en que en Liturgia no había calzados para ella debido a la medida

de sus pies y desde que su padre le partió la cara al zapatero tenía que comprárselos por encargo en el pueblo vecino, lo que se convertía en una odisea.

La segunda hija era Antonia, un torbellino humano. Una vez que se enfadó con el guardia que estaba haciendo la ronda por no dejarla jugar a la pelota en la plaza grande debido a un bando de la alcaldía, le quitó la gorra del uniforme azul arrojándola a la fuente de la glorieta, la que, como sabemos, estaba llena de un agua de color canelo claro pues allí bebían y refrescaban las palomas y las tórtolas que anidaban en el frontis de la iglesia. Cuando le dieron las quejas al padre éste la reprendió pero, sinceramente, le hizo mucha gracia aquella original ocurrencia. Otra vez cogió un cocodrilo australiano disecado que su tío le había traído de Cataluña, le ató al cuello una correa como si de un perro se tratara y seguidamente se echó a la calle a pasearlo entrando en la recova y en cuantos comercios encontró abiertos. Según se metía en ellos, la gente que allí hacía compras salía corriendo como si de repente hubiera visto un fantasma. Juanito y Antonia se llevaban muy bien pues ambos caracteres eran semejantes. Pasaban mucho tiempo juntos contándose sus cosas, riéndose ... Con bastante frecuencia se le veía a ella en la tienda acompañando al padre. Sin duda era la preferida.

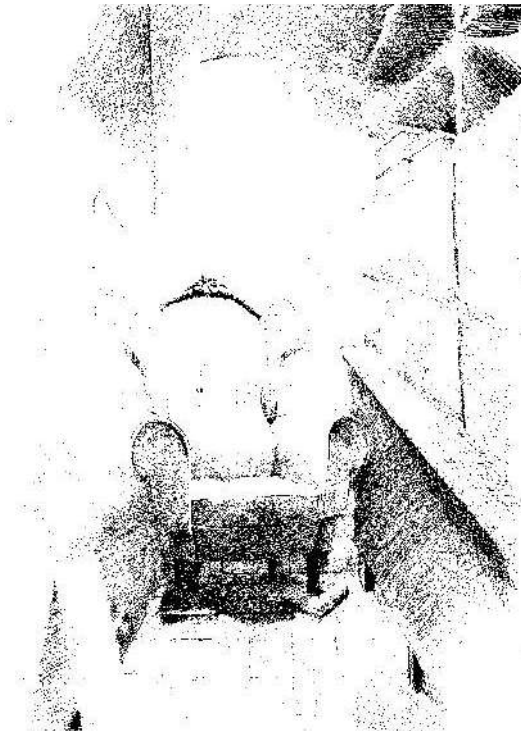
El único hijo, el menor de la familia, era Roberto, un gandul amanerado que nunca se mascó con el padre, no así con su madre que habitualmente lo tenía que proteger de la ira rabiosa de Juanito, quien en más de una ocasión le propinó fuertes bofetadas. Ni estudiaba, ni trabajaba ... Su mayor distracción era recrearse durante prolongadas horas delante del espejo contemplándose. La verdad es que poseía una belleza inusual con una piel tan lisa y suave que parecía la del culo de un bebé. Cuando Juanito se enfadaba le insultaba gritándole:



- Eres el fiel reflejo del ¡"narciso del Domingo"!

- No me diga eso padre que yo a usted no le he hecho nada, contestaba acongojado.

Sin embargo, Roberto no entendía el agravio. Cuando no estaba ante el espejo pasaba el tiempo ojeando cómics de Mortadelo y Filemón, pero sus lecturas favoritas eran las pocas revistas del corazón que llegaban a Liturga. Si su padre las veía en casa se dirigía al balde de la basura y las tiraba, por lo que Roberto debía anticiparse y esconderlas debajo de la almohada de su cama pues era consciente de que su padre no entraba jamás en su habitación ni por asomo. Juanito solía humillarlo diciéndole que por sus venas corría la sangre envenenada del sarasa de su tío Mingo, el hermano de Angela que tuvo que partir hacia Barcelona por su notado afeminamiento, y marchó allá, tan lejos, porque esa ciudad tenía fama de ser liberal. Angela sufrió mucho la ida forzada de Domingo con quien se escribía casi mensualmente, pero Juanito, en cambio, cuando acudía a la cantina se mofaba de él ante los amigos comentando que su cuñado era un inmigrante sexual, y dicho esto las risotadas retumbaban entre las cuatro paredes del bar.



No obstante, Roberto se consideraba un incomprendido. Cada vez que Juanito y él se peleaban sacando al tío a tiesto, transcurrían más de dos semanas en las que Angela no le dirigía palabra a su marido y ésta pasaba entonces las tardes rezando, una y otra vez, con un antiguo rosario que había comprado en las fiestas de la Virgen del Pino. Estaba hasta desgastado.

- *Si, si, reza* -le decía Juanito-, *pero por tu hermano a ver si un milagro de Nuestra Señora de los Desamparados le devuelve la hombría.*

- *¡Cállate por Dios!* -respondía con dolor-. *Lo que una tiene que aguantar.*

Pues bien, Juanito en su tienda poseía un trastero donde acumulaba la poca mercancía que le llegaba. Era un habitáculo pequeño en el que también guardaba un floreado sillón color violeta, regalo de boda de su cuñado, además de una botella de ron-miel para matar el frío en los días oscuros. En éste se gozó una buena juerga en una resplandeciente y soleada mañana del mes de julio con la solterona Josefina, jilorio que le llevó inexorablemente a comprar el taburete. Y es que la noche anterior había discutido agriamente con su mujer a propósito de las formas sensibleras, a su juicio, de Roberto:

- *¡Mi mayor vergüenza!*, le decía a Angela.

- *Pues también es hijo tuyo*, le contestaba.

Esto lo hería profundamente pues él era un hombre de verdad, de pelo en pecho, y no soportaba los modales amanerados del vástago. Como no podía dormir debido a la pelea marital, madrugó y se fue temprano a la tienda. Sacó la botella que tenía y tomó unos buenos trancazos sin haber desayunado. Se puso muy alegre debido a la carga etílica y más contento quedó al ver entrar a Josefina, quien no era cliente usual pero fue a adquirir una camisa de dormir de punto blanco con rayas rosas, ya que tenía la intención de visitar durante el fin de semana a una prima hermana que estaba algo pachucha y hospitalizada en la ciudad. Siempre existió entre ambos cierta atracción física y sus pláticas no eran más que ahogadas palpitaciones aceleradas que encerraban lapidariamente un furor emergente, por lo que ninguno de los dos desaprovechó el proverbial momento. Pero tanta mala suerte tuvieron que ese día, cuando más disfrutaba la pareja en el comfortable sillón violeta regalo del mariconazo del tío Mingo, su cuñado, a Lolita, la chismosa, no se le ocurrió otra cosa que ir a comprar un par de medias negras para asistir a la misa funeral de su abuela Maruca, quien había fallecido recientemente debido a una prolongada afección cardíaca. Lolita entró en la tienda y tocó

varias veces en el mostrador, pero aquellos, disfrutando de la pasión circunstancial, no la oyeron. Esta sintió gemidos y con buena voluntad kantiana y sin malicia quiso comprobar, por si acaso, lo que allí dentro sucedía. Decidió entrar sin avisar, lo que no le costó mucho, y al observar la escena quedó durante unos segundos pasmada, inmóvil, inerte... para luego salir a toda prisa como alma que lleva el diablo, vociferando:

- ¡Adúltero, sinvergüenza!. ¡Fulandanga, descarada!

Juanito aún no había terminado de subirse la bragueta cuando toda Liturga sabía lo sucedido. Es más, al asomarse a la puerta de la tienda ya habían unos cuantos curiosos esperando la aparición triunfal de Juanito, ora la de Josefina. Y estos pocos rebeldes con la tradición popular contrarios a la tosquedad liturguense aplaudieron, sorprendentemente, a la heroica actuación de la pareja, espantada, gritando cuando los vieron:

- ¡Bravo, bravo!

Desde entonces, ni una mujer más volvió a pisar el local y a Juanito no le quedó más remedio que comprar el taburete para sentarse fuera de la tienda y poder contemplar las rodillas descubiertas de las liturguenses. Por su parte, la triste Josefina tuvo que vender el patrimonio que le habían legado sus padres así como la herencia de su abuela materna y trasladarse a Barcelona donde, por cierto, estuvo viviendo unos meses con Domingo, sí, el cuñado de Juanito, aquel que le compró el floreado sillón color violeta donde se corrieron la juerga.